

IX Concurso de Cuento “Mujeres en Vida”*

*Las cosas, las ideas, las sensaciones,
el percibir y el pensar no están separados,
todo está en relación [...] es tomar conciencia de que nada es en sí,
todo es entrecruzado, al punto que el momento de máxima fusión
[...] es el punto de donde empieza a nacer la separación,
empieza a fluir, de nuevo, el deseo del otro/a,
la búsqueda de las palabras para decir otra vez,
decir de otro modo, cantar evocativamente,
cantar más allá del final.*

PAOLA ZACCARIA, 1995

Para quienes integramos el Centro de Estudios de Género de la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, es un orgullo llevar a cabo la premiación del IX Concurso de Cuento “Mujeres en vida”.

Y digo que es un orgullo, porque esta IX premiación está enmarcada por diversos acontecimientos: el 8 de marzo, Día Mundial de las Mujeres; el décimo quinto aniversario de la Primera Conferencia Internacional Feminista, llevada a cabo en México; el cuadragésimo aniversario de la Facultad de Filosofía y Letras; el décimo aniversario de la creación del Centro de Estudios de Género y el quinto aniversario de nuestro programa radiofónico “Mujeres y hombres de hoy”, que se trasmite semanalmente por Radio BUAP.

Llegar a la novena edición de este concurso no ha sido una tarea fácil. En 1997 nos propusimos crear un espacio que nos permitiera fomentar la creatividad de las mujeres universitarias e impulsar el cambio de los imaginarios femeninos: no más mujeres objetos sexuales, no más víctimas y sacrificadas pasivas, no más bellas y tontas durmientes. El objetivo era claro: que los personajes protagónicos fuesen siempre mujeres. Mujeres como sujetos, con vida propia y además, que los cuentos plantearan, de ser posible, desde una perspectiva de género, relaciones equitativas. Así, nos dimos a la tarea de invitar a las mujeres universitarias y de la ciudad a escribir y a compartir imaginación, ficción y testimonio con nosotras. La respuesta fue buena y muchas mujeres tuvieron la oportunidad de mostrar su talento. El siguiente año, la convocatoria se extendió a nivel estatal y logramos incrementar, en gran medida, el número de participantes. Posteriormente la convocatoria se abrió también hacia los hombres, con la intención de darnos cuenta si se iban transformando o no, los imaginarios femeninos, en la pluma de los hombres.

* Palabras pronunciadas en la premiación del IX Concurso de Cuento “Mujeres en Vida”, el día 7 de marzo del 2005, en el marco de las actividades para conmemorar el 8 de marzo, *Día Internacional de la Mujer*.

Para la permanencia de este concurso se han requerido de varios elementos: por una parte, el empeño de quienes, desde hace años, integramos y colaboran con el Centro de Estudios de Género; el apoyo entusiasta de las diversas autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras: Dra. María Teresa Colchero, Dr. Roberto Hernández Oramas, y actualmente, la Mtra. Carmen Romano Rodríguez; de las distintas autoridades de la Vicerrectoría de Extensión y Difusión de la Cultura: Lic. Rigoberto Benítez, Mtro. Ricardo Moreno Botello, Mtro. Gabriel Gutiérrez y a la Dra. Lilia Cedillo. Gracias a sus apoyos se logró no sólo aumentar el monto de los premios, sino también difundir la convocatoria a nivel nacional. Este año, en particular, recibimos cuentos del Distrito Federal, Morelos, Hidalgo y Guerrero.

Por otra parte, encontramos la disponibilidad de quienes han aceptado integrar el jurado calificador (tarea nada fácil) y que en un principio lo hacían sin recibir remuneración alguna. Este año, nuestro jurado calificador estuvo integrado por la Maestra Virginia Hernández Enríquez, la Mtra. Concepción Zayas González y el Mtro. Gregorio Cervantes Mejía. Como siempre, hemos procurado que nuestros jurados sean personas de reconocido prestigio en el campo de las letras. Finalmente, tenemos que agradecer también al componente más importante: las y los escritores que nos han seguido en todos estos años participando con sus creaciones.

De esta forma, el concurso “Mujeres en vida” ha abierto las puertas a las palabras de las mujeres, palabras ocultas, prohibidas, invisibles que han surgido después de muchas luchas y que siguen apareciendo a pesar de la crítica que, por lo regular, favorece la escritura de los varones. Sin embargo, también abrió sus puertas a las imágenes de las mujeres en palabras de los hombres, con una particularidad que identifica este proyecto, no dar paso a estereotipos que fomenten el sexismo y exclusión de las mujeres. Es un intento de quebrantar la insistencia de la sociedad y las instituciones patriarcales de sostener estereotipos y roles que se cree “debemos” cumplir las mujeres y que en el peor de los casos propician la violencia. Cada uno de los cuentos es un sobresaliente intento de ofrecernos imágenes de mujeres nuevas, aquellas con las cuales, no importando su circunstancia y peculiaridad, nos hacen sentir dignamente representadas a través de la escritura.

Esta tarea de resignificación se vuelve imperante, no sólo porque México es uno de los países con mayor índice de violencia hacia las mujeres (los feminicidios de Ciudad Juárez dan cuenta de ello), sino porque, lamentablemente, la violencia y los feminicidios también suceden en nuestra entidad y han afectado a nuestras mujeres.

Por estas y otras razones insistimos en la necesidad de cambiar los imaginarios femeninos, ya que creemos que la escritura tiene un importante papel: reinventar, resignificar y posibilitar tanto a quien escribe, como a quien lee, la toma de conciencia para generar una mayor equidad y dignidad entre los géneros. En ello hemos cifrado nuestro empeño.

En esta ocasión los cuentos ganadores son:

Primer lugar, *Los cuentos que aburren a las princesas*, escrito por Alma Jessica Beltrán Cruz.

Segundo lugar, *Gluteus Maximus*, escrito por Patricia Galán y Ojinaga.

Tercer lugar, *La Mujer de Lot*, escrito por Ernestina González Hernández.

Tenemos asimismo dos menciones honoríficas, que a consideración del jurado calificador, corresponden a Carmen Sánchez Martínez, por el cuento

Cacahuates y a Claudia Morales Bustos, por el cuento *Generaciones*.

Para finalizar, queremos reiterar nuestro agradecimiento a todas las personas que con su apoyo o con su pluma hicieron posible este IX Concurso de Cuento “Mujeres en Vida”. A todas y cada una de ellas, muchas gracias.

María del Carmen García Aguilar
Coordinadora del Centro de Estudios de Género
Facultad de Filosofía y Letras
Marzo del 2005

Los cuentos que aburren a las princesas

Alma Jessica Beltrán Cruz

PRIMER LUGAR

En un silencio poco permitido por las cercanas y transitadas avenidas, Alejandra, conspiradora de azotea, se pregunta por qué su nombre no fue capicúa, como Ana, esa niña de extraño pelo rojo y dientes de conejo contento. Mejor aún, sería el nombre de Eva Ave, pues se imagina que así podría lucir, con todo derecho, coloridas plumas. Alejandra se cubre con una chamarra morada, pues hace frío en ese desnudo espacio. Observa el cielo negro, baja su mirada por los edificios y los árboles hasta llegar al lugar en el que está sentada como en un mirador; olisquea la ropa tendida que está por secarse: playeras y pantalones de ella, de color morado o violeta que es su favorito, calzones, esos sí: blancos y rosas. También hay algún vestido y blusas de su madre, en colores azules y claros; camisas de su papá y su sweater rojo que tanto le gusta, aunque es ya un poco viejo. La ropa ondea con claridad, como una hilera de banderas de patrias diversas e inexistentes. El tendedero abarca toda la azotea, hasta la barda de la casa de enfrente. Alejandra se acerca a la barda. Vive en un tercer piso de un edificio, así que puede ver un poco hacía abajo pero también su mirada es detenida por altas paredes de otros grises edificios. Ella los pintaría de violeta. Desde la barda se distinguen breves y parpadeantes destellos; son las luces de los postes en su calle, primero, después las veloces de los coches, luego, muy pequeñas y tenues las de casas o edificios, también hay de pronto iluminados anuncios rectangulares y muy, muy lejos pueden verse las más diminutas, bordeando cerros que parece poder atrapar extendiendo una de sus manos.

Es sábado al anochecer. Alejandra permaneció en la azotea después de acompañar a María, su madre, a tender la ropa, hacía como tres horas de eso. Su madre bajó después a preparar la cena, quizá, aunque también puede que esté haciendo cosas de su trabajo. A Alejandra le parece que los pensamientos en la cabeza de su madre siempre son muy elaborados, cuando María habla con otros abogados como ella, su rostro es serio, su mirada fija a través de sus pequeños anteojos, como si todo lo que entre ellos hablan fuese de vida o muerte; a veces, los minúsculos aretes de cristal que siempre usa resplandecen con los movimientos de su cabeza cuando lee papeles de su trabajo o cuando platica con ella, entonces su rostro es muy dulce. María parece muy fuerte. También es muy bonita, con cabello oscuro y largo, del cual Alejandra se alegra que nunca haya sido pintado de rubio, rojo o algo así, como muchas de sus tías. María es morena y su cuerpo firme y protector, sus manos hábiles y cariñosas de uñas cortas que no rasguñan. Alejandra se parece mucho a María, aunque ella ha considerado que, a diferencia de su madre, sus pensamientos son breves y sencillos,

casi, casi inofensivos. Como los de Samuel, otro niño dientón que también tiene de conejo los ojos y los pelos en punta como de erizo. Aunque nada de eso impide que sea su mejor amigo, el más mejor.

Junto con Samuel, hace varios días que Juan, el padre de Alejandra, los acompañó a escuchar a unos *cuentacuentos*. Los cuentistas eran buenos, de voces chistosas, pero algunos de los cuentos le parecieron francamente muy ridículos. Por ejemplo, no entiende muy bien la sospechosa actitud de la madrastra de Blanca Nieves, no entiende que Blanca Nieves haya sido tan blanca como la nieve y que por eso el príncipe se haya enamorado de ella sin apenas conocerla, ¿o sólo la quiso porque era muy bonita? Y el príncipe, ¿por qué no quiso a la madrastra? ¿Porqué estaba vieja? ¿Y por qué ella quería ser la más bella? Y Blanca Nieves, ¿por qué no acompañó a los enanos a trabajar a la mina?, ha de ser bonito encontrar, enterradas en la tierra, piedras preciosas. También piensa que los enanos no tenían que haber sido tan desordenados y vivir en un lugar tan sucio y, además, Blanca Nieves no parecía ser muy lista porque eso de comerse la manzana... En definitiva, ese cuento no tenía para Alejandra ninguna coherencia. Durante el espectáculo de los cuentistas estuvo duro y dale, quejándose al oído de Samuel, quien la miraba con sus bellos ojos de conejo, como pidiéndole que ya se callara para poder escuchar toda la historia. Pero Alejandra tiene fama de ser testaruda, así que continuó sus incisivas intervenciones en las siguientes narraciones: la Bella Durmiente del Bosque y La Cenicienta, con lo que Samuel, siempre muy considerado, terminó por cambiarse de lugar, discretamente. Mientras tanto, el padre de Alejandra estaba muy divertido con todas sus ocurrencias. Él era un hombre de cabellos desordenados y crecidos, con algo de barba en su alegre rostro y ojos risueños, como de pájaro, además, le gustaba mucho cantar, aunque su verdadera pasión era la an-tro-po-lo-gía. Alejandra entendía que era algo así como un biólogo que en vez de estudiar a otros animales, estudiaba a las personas.

Así pues y como Juan tenía siempre explicaciones para todo, al final de los cuentos, de regreso a casa, fue contando a Alejandra y a Samuel que los relatos tenían un significado para las personas que los habían inventado, que eran algo así como mitos que hacían que un grupo de personas siguiera siendo igual o creyendo las mismas cosas porque eso les ayudaba a vivir con confianza y con historias que compartir. Eso estaba bien pero Alejandra no estaba muy segura de querer que el mundo siguiera siendo un mundo de princesas dormilonas y rubias.

Desde que habían ido a escuchar cuentos absurdos, ya habían pasado tres semanas. En todo este tiempo, había habido varias señales para Alejandra. La primera ocurrió en la escuela. Un miércoles, después de una clase de matemáticas, en la que por fin comprendió el mecanismo de la división. Fue tal su emoción que al final de la clase no salió al patio, permaneció haciendo más operaciones en su libro, estaba contenta, como ante un descubrimiento importantísimo y secreto. De pronto una pelota de goma entró por una de las ventanas, que estaban a la derecha de Alejandra. Esa pelota azul, que seguramente había sido lanzada desde el patio, cayó en los estantes en que su maestra dejó unos libros de cuentos. Este suceso la distrajo completamente del profundo secreto de las divisiones; se acercó a los estantes para tomar la pelota y devolverla. Había caído sobre un libro abierto y ahí permanecía quieta. Alejandra la tomó y entonces, notó que el libro abierto tenía una imagen de Blanca Nieves y los Siete Enanos, aunque seguramente el libro tenía más cuen-

tos pues estaba un poco gordo. Alejandra hizo un gesto de malhumor, es decir, juntó sus pobladas cejas como las alas extendidas de una gaviota y lanzó un gruñido de fastidio. “¡Otra vez esta Blanca Nieves!”, se dijo, apretando la pelota de goma y casi a punto de cerrar bruscamente el libro, cuando, con sorpresa, claramente leyó en uno de los párrafos... “he estado impacientemente esperando que venga alguien a sacarme de esta aburrida historia, alguien a quien le parezca tan, tan aburrida como a mí y no crea eso de que me puedo quedar como muerta comiendo manzanas”. Repentinamente, entraron los dueños de la pelota, quienes apresuradamente se la arrebataron. En otras circunstancias, Alejandra hubiera tomado eso como una osada afrenta, ya saben que tenía fama de testaruda. Pero en ese momento, hasta las divisiones habían dejado de ser relevantes. Quiso volver a leer el libro, pues esas palabras no podía recordarlas como parte del cuento. ¿En qué momento Blanca Nieves decía eso y a quién? ¿Sola en el bosque cuando escapaba del cazador que quería su corazón, o cuando conoce a los siete enanos? ¿Acaso se lo habría dicho al príncipe cuando él descubrió el pedazo de manzana atorado? Estas preguntas se apiñaron en su cabeza. Sin embargo, ninguna de ellas pudo ser respondida pues en ese momento, cual ráfaga, comenzaban a entrar todos los niños y niñas de su clase y detrás la maestra; quien al ver el libro abierto, lo cerró en un solo y rápido movimiento, al tiempo que lo colocó junto con los demás regados sobre el estante, en un armario con llave que por lo menos tenía otros cien volúmenes; hecho lo cual dio giros a la cerradura. Alejandra vio pasar todo eso de forma ajena a su voluntad. Quedó perpleja. Jamás podría encontrar el libro, ni las palabras que ahora ya no sabía si en verdad estaban escritas en él. Ni siquiera sabía de cual libro se trataba. Tampoco recordaba el prodigioso mecanismo de la división. Como una autómatas, fue a sentarse a su lugar. La siguiente clase pasó en blanco para ella. Así que por esta razón, Alejandra tardó algunos años para reconocer la diferencia entre antónimos y sinónimos, pues de eso trato la lección.

Después del misterioso incidente, pasaron cuatro o cinco días para que la segunda señal se presentara ante Alejandra. Ocurrió mientras hacía una tarea. Su madre leía, estaba recostada en un sofá y se fue quedando dormida. Juan, su padre, estaba en la cocina, preparando alguno de sus esporádicos y sorprendentes guisos, acompañados siempre con aguas de distintas frutas: zanahoria con manzana, piña con pepino, fresas con sandía y así. Alejandra intentaba encontrar los antónimos de la palabra amanecer, pensó en varios como clarear, alumbrar, iluminar... le parecía un poco difícil, así que puso la cara entre sus manos y recargó los codos en la mesa. Empezó a distraerse escuchando el tarareo de un son veracruzano en la voz de su padre; después, el ronquido suave de su madre entre los cojines con el libro sobre el rostro; escuchó también gritos de los vecinos que estaban en el pasillo, el murmullo de autos a través de la ventana y finalmente el radio. El locutor estaba leyendo dedicatorias que los escuchas enviaban a otras personas a través del programa: “Laura, te amo, por favor cástate conmigo, de parte de Mario”, “Azucena, ya regrésame mis discos, nada más eran prestados, de parte de Rosario”, “Feliz cumpleaños mamá, de parte de Octavio”; y así, el locutor leía mensajes sin mucha emoción y Alejandra estaba por concentrar su oído en otra cosa cuando escuchó: “Eva Ave, por favor, inventa para mí, una vida con menos trabajo, de parte de La Cenicienta”. El locutor ríe y envió a una canción. Alejandra sintió un pequeño brinco de su corazón. Eva Ave era su nombre secreto, sólo Samuel lo conocía y ahora esa tal “Cenicienta” parecía conocerlo y hacerle una petición directa. ¿Sería posible que su

desacuerdo con los cuentos de hadas hubiese llegado a los oídos de las princesas? ¿Estarían como ella, aburridas de repetir esas necias historias? ¿También querrían que el mundo fuese distinto? Alejandra no estaba segura, además, ella ¿qué podría hacer? Su padre comenzó a servir la mesa, se veía muy gracioso pues tenía gajitos de naranja entre la barba e iba dando unos pasos de huapanguero con un plato humeante en cada mano. Alejandra decidió poner más atención a su hambre, así que se puso de pie, saliendo de sus ensoñaciones, para bailar con Juan ese nuevo baile con platos vaporosos en las manos.

La última señal llegó, como todas las grandes señales, durante el sueño, cuatro o cinco días después del mensaje por radio. En su sueño aparecía su abuela, una mujer de cabellos muy largos que vivía en Zacatecas, una ciudad muy bonita. Alejandra soñaba el patio de cantera de casa de su abuela, amplio, lleno de plantas y flores, en medio del cual estaba ella con unas agujas de tejer y una madeja de estambre inmensa. En el sueño no sabía ni por dónde empezar, ni siquiera sabía tejer, sólo veía los montes blandos que el estambre, de muchos colores, formaba en el patio. Una mano tocó su espalda. Era Aurora, la Bella Durmiente, que, en primer lugar, le aclaró que el antónimo de amanecer no era iluminar ni nada por el estilo sino todo lo contrario: anochecer; que ella lo sabía muy bien, pues su nombre, Aurora, era también sinónimo de *amanecer*. Alejandra, por supuesto, no retuvo nada de eso al despertar, pues lo más importante que Aurora le reveló en ese sueño fue que estaba harta de dormir cien años y despertar sólo para casarse y que necesitaba, con urgencia, que esa historia fuese reescrita pues estaba ávida por tener otras experiencias, además de pincharse los dedos en una rueca. Todavía dentro del pasaje de los sueños, Alejandra fue despertada, pues Samuel la llamaba por teléfono. Él deseaba que fueran juntos a la tienda de historietas por los números especiales de Batman y Superman, sus superhéroes favoritos. La tienda estaba en la esquina de su casa y ellos eran vecinos. Algo enfurruñada, Alejandra aceptó, además así le contaría a Samuel este nuevo secreto.

Después de comprar las historietas, María y la madre de Samuel los llevaron al parque de la colonia, pequeño pero con muchos juegos. Samuel y Alejandra se mecieron en los columpios después de que Samuel leyó y relejó las superaventuras y las superhazañas de los dos superhéroes. Alejandra quería mucho a Samuel, aunque fuera tan crédulo. Una vez que él prestó menos interés en su valiosa adquisición, Alejandra le platicó todo cuanto le había estado pasando. Samuel no dudó de que todo eso fuera posible. Ambos estuvieron de acuerdo en que todo era muy extraño pero que no podía ignorar las peticiones de las princesas, ya que habían confiado en ella. Samuel le dijo que él nunca se negaría si sus superhéroes lo llamaran para una supermisión.

De regreso en casa, Alejandra ayudó a su madre a juntar la ropa sucia y a separarla por colores, sobre todo la ropa violeta. Una vez lavada, acompañó a María a tenderla en la azotea del edificio. De eso hace como tres horas. Es sábado al anochecer. Ahora, mirando el paisaje de la ciudad, busca la inspiración para rescribir tres historias, mantiene entre sus rodillas un cuaderno pequeño, muy gastado y con muchas hojas arrancadas, con un lápiz de color morado, poco a poco decide que Blanca Nieves, en lugar de huir hacia el bosque por las amenazas y celos de su madrastra, aprendería de ella sus conocimientos mágicos y alquímicos para luego viajar por otros reinos transmitiendo su saber, ganaría mucho prestigio como maga, especialmente en la transformación de manzanas en caballos, muy útiles en las batallas. Mantendría correspondencia

con su madrastra y estarían por siempre muy unidas. Sí aparecería un príncipe, pero Blanca Nieves no lo aceptará como esposo, pues él desea que no viaje por otros reinos y que deje todas esas artes de bruja. Entonces el príncipe conoce a los enanos en el bosque y junto con ellos se dedica a hacer exploraciones en las minas. Alejandra termina este cuento, cuando Blanca Nieves conoce a un campesino que toca la flauta bajo árboles de manzana y que tiene ojos de conejo contento. Alejandra ya estaba encarrerada en la reconstrucción de historias. A Cenicienta le otorgó un par de hermanastros y no de hermanastras, ambos eran protectores y respetuosos con ella. Cenicienta continuó estando con los ropajes sucios, pero no por tanto trabajar sino porque ella y sus hermanos pasaban mucho tiempo divirtiéndose en los extensos campos que poseían y en los que criaban animales. Los tres eran famosos en la comarca por las fiestas que organizaban, en las que había deliciosa comida, agua de frutas, música hasta el amanecer y danzas muy alegres. Cenicienta nunca se preocupó mucho por su apariencia, así que el príncipe nunca se paró por ahí, pues no le agradaban las mujeres tan desaliñadas, el príncipe se casó con el hada madrina que era muy bella y emperifollada. Así, Cenicienta conoce a un poeta durante una de las animadas veladas. Es cierto que pierde un zapato, pero es por correr tras los papeles llenos de poemas que un viento travieso hizo volar. Alejandra continúa guiada por la inspiración de su mágico lápiz. La última de las princesas en hacerle la solicitud también tendría una nueva vida. Aurora, en efecto, se pincharía el dedo con una rueca, pero eso no la haría dormir, sino que sería un desafío por el cual aprendería el arte del hilado. De sus hermosas manos saldrían telas maravillosas y nunca vistas. En ellas se observarían animales, ríos y montañas, así como personas haciendo muchas cosas, y su color favorito sería el violeta, claro. El hada Maléfica, queriendo cambiar su vestuario acudiría con ella y juntas impondrían una exquisita moda medieval, de la cual los padres de Aurora serían los principales patrocinadores. Habría un príncipe fascinado por el arte de las manos de Aurora y, bueno, Alejandra permite que este príncipe sí sea desposado por esta princesa. Pero sólo porque era un príncipe que contaba historias a la perfección y porque tenía fama de poder comunicarse amistosamente con los dragones.

Alejandra puso el último punto justo cuando su madre subió por ella, intrigada porque estuviera aún en la azotea. De un ágil salto Alejandra corrió hacia las escaleras, entró precipitadamente en su casa y llamó a Samuel para decirle que las historias estaban terminadas y las princesas liberadas. Alejandra estaba contenta, pensaba que ahora leería sus cuentos a sus padres, sus tías y en la escuela también. Samuel la interrumpió para decirle que probablemente las princesas y Superman se habían comunicado, pues ahora, para su desconcierto, el hombre de acero se le había presentado en un sueño, hablándole de lo injusto que le parecía que princesas de cuentos tan viejos pudieran reactualizarse, mientras que él, todo un héroe del siglo xx y del xxi, tenía que seguir enfrentándose con todo tipo de malhechores y arriesgando su vida. Que estaba cansado de tener que ser tan poderoso y que a veces sentía miedo. Que si no habría manera de que se hiciera algo por él y por todos los de la liga de la justicia, que guardaría una infinita gratitud para con Samuel si le otorgaba la posibilidad de una vida distinta.

Gluteus maximus

Patricia Galán y Ojinaga

SEGUNDO LUGAR

He sabido que muchas mujeres despechadas han proclamado su despecho a los cuatro vientos. ¡Se han atrevido a tanto!

Yo, al contrario, no he hecho nada, he pasado por la vida plana, lineal, como una onda de electrocardiograma cuando se detiene el corazón. Lo malo es que ni había caído en la cuenta de ello. Bueno, que ahora que lo digo, tal vez eso no haya sido lo peor, puede que fuera lo mejor, porque al principio no hubo sufrimiento, éste llegó después. En el intermedio hubo como un despertar, un darme cuenta de cómo estaban las cosas y sentir desilusión, envidia y hasta impotencia; ahora, después de todo, hay una rebeldía que me está llevando a lo que nunca imaginé. Definitivamente soy otra, una mujer que arrostra su destino, ya no pasivamente como antes, ahora estoy en pie de guerra. ¡Quiero cambios!

Nací en una época en que si tenías los dientes chuecos, así te quedabas; más te valía pensar que un diente torcido era como un colmillo de elefante: símbolo de buena suerte y hasta fortuna.

Si la herencia te había bendecido con una estructura ósea sana, eras delgada, con buena vista, sin marcas de nacimiento que te hicieran parecer como de la dimensión desconocida y medianamente inteligente, te podías dar de santos, seguramente podrías elegir un «buen partido» para casarte.

Antes el amor era menos físico y más romántico; las reglas eran otras, el amor debía entrar tranquilamente en nuestras vidas. Los novios no esperaban que su futura esposa tuviera las medidas clásicas de 90-60-90, se conformaban con ver a Sofía Loren y a Gina Lollobrigida en el cine los domingos. En cambio las futuras esposas eran dulces, con una belleza serena y habían tomado clases de cocina y repostería con las Hermida y por supuesto, todos los cursos del Social Femenino para formar una familia cristiana feliz.

Las más de las veces, ya habían ido a los Retiros Espirituales de Semana Santa con el padre Saturnino del Perpetuo Socorro. No había pierde, nuestras abuelas y madres fueron educadas y nos educaron para hacer un matrimonio perfecto.

Si, tal vez podrías estudiar Comercio en Inglés pero en el Colegio Central, mientras te casabas. Ni hablar de hacer una carrera en la Universidad —a los hombres no les gustan las mujeres cultas y preparadas. Y que capaz que tuvieras que codearte con alguno de esos Carolinos, no, las chicas decentes no van a la Uni, ni andan de aquí para allá, ¿o qué, querías terminar como la pobre de Conchita? Ya sabes lo que pasó, y todo por querer ser una chica con ideas modernas.

No, nosotras queríamos llegar al altar como Julie Andrews en la Novicia

Rebelde, con un vestido de novia diseñado por Márquez del Rivero para lucir espléndida en Catedral, mejor si oficiaba Monseñor —da más realce a la ceremonia. Las hermanas, primas y amigas formarían todo un séquito de elegantes damas vestidas y peinadas de la misma forma -sin importar si les quedaban bien o no. Todas igualitas, por favor.

Lo sublime era cuando al escuchar al Coro Paccelli, allí, bajo la cúpula eterna, con el anillo de desposada junto al de compromiso haciendo juego, envuelta con el aroma de las flores blancas, los nuevos esposos hacían la promesa de amarse y respetarse para toda la vida... El sueño se hacía realidad, al fin para siempre con tu Príncipe Azul.

—¡Por favor, pellízquenme para saber que no estoy soñando!

Después venía la recepción donde el papá tiraba la casa por la ventana. ¿Cómo no darle este último regalo a su reinita? —Nada, que lo mejor para ella, ultimadamente, sólo una vez se casa —por lo menos por la Iglesia—.

—Que vengan todos los parientes, hasta mis primos los de Torreón.

—Pero sí hace años que no los frecuentamos.

—Pues que vengan, es la oportunidad de unir a la familia y además de que vean a mi niña, lo preciosa que está y la boda tan linda que su padre le va a dar.

—Mujer, que es la primera que se nos casa. ¡Que vengan todos! La mamá lloraba, a saber por qué.

Ahora sí, lo mejor de lo mejor: la luna de miel. Todo dependía de lo espléndido que fuera el futuro suegro —esto si le tocaba a los papás del novio. Podía ser uno de esos fantásticos cruceros por el Caribe, ya sabes, cuando la Riviera Maya era sólo cuestión de nombres, simplemente Playa del Carmen, Isla Mujeres y Cozumel —paraíso de perfumes importados entre una selva de mosquitos. Regresarías todita picoteada, pero eso no lo sabías. Parece que había muchas, muchas cosas que nunca te decían, tendrías que descubrirlas por ti misma.

Si eras más afortunada, el suegro les regalaría un viajecito por Europa que supondría la envidia de todas tus amigas, no importa lo íntimas que fuesen. Ninguna podría ver las fotos del viaje sin inmutarse... París, la Ciudad Luz, la Ciudad de los Enamorados -parece ser porque los parisinos besan muy bien.

Él y tú bajo la Torre Eiffel, por los Campos Elíseos, en El Louvre, —eso si es cultura—, El Arco del Triunfo, a lo lejos Nôtre Dame —donde estuvo Antonieta Rivas Mercado, ¿verdad?— Montmartre, Saint Germain, el Sena, y siempre tú y él tomados de la mano. Con suerte hasta podrían visitar a Grace en Monte Carlo.

Si no se podía tanto, por lo menos irían a Acapulco, donde tienen sus mansiones los del *jet set* internacional. De pasadita en Taxco, además de comprar plata, habría que dar las gracias en Santa Prisca.

* * *

Nadie se fijaba en las despechadas, menos en las despompadas. Las primeras tenían la opción de poner capas y capas de algodón en su ropa interior, las segundas sólo podíamos tararear: «Pompas ricas, de colores, de matices seductores, del amor las pompas son.»

Yo volaba como sílfide entre curso y curso de formación familiar hasta encontrar a mi alma gemela en uno de los bailes del Merendero. ¡Que bailes, toda una época! Todo un derroche de elegancia y de buen gusto.

Los muchachos se nos acercaban tímidamente con canastos llenos de flores, para tener el privilegio de bailar una sola pieza. —Date a desear... y olerás a

poleo, decía mi abuela. ¡Cuánta belleza, cuántas flores, ellos de negro, nosotras de blanco bailando bajo el auspicio de Pedro Gómez y sus violines!

A pesar de las diligencias de nuestras madres, que se confabulaban para que hiciéramos un buen matrimonio con el hijo de alguna “gente conocida”, las cosas no siempre salían como lo planeaban y había chicas que a los 25 ya eran grandes y aún sin prospecto —léase galán. Era hora de poner en práctica algún remedio de urgencia para evitar que la nena se quedara para vestir santos. Entonces, todas las mujeres de la familia se ponían a rezar las consabidas novenas a San Antonio, hasta que el Santito hiciera el milagro -lo de voltearlo de cabeza, ni pensarlo, ni lo mande Dios, qué sacrilegio. Ni en los casos más apremiantes, bueno, quién sabe, podría haber casos que si lo ameritaran.

La época del noviazgo era lo mejor de todo, aunque nosotras mismas no lo sabíamos. Era el momento de los encuentros en el Oasis allá en La Paz. Frente a un hot dog y un refresco nos jurábamos amor eterno, era tan romántico que ni hambre nos daba. Eso sí, nada de subirnos en el coche del novio —que quede claro— hasta que ya estuviéramos pedidas y la fecha de la boda fijada.

—Sin excepciones, ni para ir a misa los domingos en San Agustín.

Entre tanto, los ramos y los arreglos florales de la Flor de Lis llegaban puntuales cada semana en la ultramoderna camioneta blanca que ostentaba el aristocrático logo. Tampoco podían faltar las serenatas que despertaban a los vecinos con las consabidas: Novia Mía, Morenita y Mujer interpretadas por el Mariachi Puebla y el legendario Trío Inspiración o la Rondalla del Benavente. Melodías que sólo se podían agradecer encendiendo la luz de tu recámara; eso era lo decente, lo que el decoro permitía.

Y nos casábamos y vivíamos felices para siempre.

Pero uno de esos días, algo sucedió: el vientecillo del sur lleno de augurios empezó a soplar, y como Maléfica en La Bella Durmiente, la modernidad irrumpió en nuestras vidas. Pasaron muchas cosas, para bien y para mal, como dice Nando.

Ahora sí llegó la verdadera revolución, no aquélla de Pancho Villa. Ésta era la revolución que incitaba a componerte los dientes para tener una sonrisa Colgate, a usar lentes de contacto y descubrir por primera vez que allá arriba, en el campanario de la torre de la Santísima —sí, de veras— había un nido de palomas.

De pronto pudimos empezar a hacer algunas cosas hasta entonces prohibidas; los pantalones no serían exclusividad de los hombres ni de George Sand o de Katherine Hepburn, ya podíamos usarlos, claro, no muy pegados.

Qué aventura, podíamos subir por las primeras escaleras eléctricas de la ciudad y merendar con las amigas en la barra de la cafetería de Woolworth sin que se viera mal. Qué rico, un delicioso sandwich de tocino y jitomate, era casi como estar en Estados Unidos, ¿no? Qué rico aroma... el tocino, el café americano, y esos jugos de fruta fresca que paseaban por un viaje interminable a través de unos artefactos cuadrados de vidrio que los mantenían frescos, como recién ordeñados, digo, como recién exprimidos.

Helena Rubinstein, Elizabeth Arden, Max Factor y Alberto Vo5 fueron nuestros mejores amigos, eran como de la familia. Clairol cambió nuestras vidas, aunque fueras apiñonadita, ahora ya podías cambiar, escoger entre una gama intensa de Rubios Champagne, de Rojizos Burgundy, de Platinos Alaskan Malamut y hasta de los loquísimos Azul Trasnocado y de Rosa Amanecer. Cada semana un color diferente, cada semana una mujer diferente. ¡Qué delirio!

Empezamos a ser conscientes de nosotras mismas y de nuestros cuerpos. ¡Los platillos *haute cuisine* y las carpetas de *frivolité* estaban pasando de moda!

Yo también inicié mi proceso; me di cuenta de que sí, a pesar de una aparente aceptación, yo también anhelaba un cambio. Durante toda mi vida me había asumido como un bello junco, como efebo con música de *L'Après Midi d'un Faune* de Debussy... Un ser etéreo y sin pompas. Punto.

Pero en el fondo, y ahora totalmente en toda mi superficie, siempre envidié a mis amigas con “pompis” bonitas. Cuando me compraba ropa, imaginaba lo que sería llenar una falda o un pantalón plena y regocijadamente. ¿Qué se sentiría cuando te chiflaban los muchachos por la calle, o qué sería aquello de darle de paraguazos al pelado que se atreviera apenas a tocarte?

En mis sueños estrambóticos y locos, me imaginaba como la Chica de Ipanema con cuerpo dorado y mínimo bikini en mi balanceo camino del mar; allí en la playa, saturada de brisa marina, segura de mí misma, con un ritmo de samba en mis “pompis” —aún se me atraganta la otra palabra, la de la n— caminaba bajo el ardiente sol de Río. Sin darme cuenta comencé a borrar la imagen de sor Clarita en la clase de Anatomía; de lejos, cada vez más lejos me llegaba su ríspida voz; como si un fuera radio, lo apagué, no más sor Clarita con sus sermones anatémicos. Me ajusté el sombrero bajo un apasionado sol brasileño y me tapé los oídos.

Y es que las “pompis” siempre habían tenido mala reputación. Pertenecen a la parte baja y trasera del cuerpo, están lejos del corazón, del alma y de las virtudes. Por eso hay que tapar ese lugar que pudiera revelar nuestra parte instintiva.

Podemos controlar nuestra cara, esconder nuestras emociones, pero cómo evadir un trasero que sinuoso nos incita y nos puede llevar por la pendiente? Es algo tentador, un trasero bien formado, empinado y exquisitamente redondo sale a la vista.

* * *

Estoy viviendo en el siglo XXI donde todo es posible. Los descubrimientos paran de pestañas al Vaticano, dividen opiniones; la clonación está a la orden del día, nos confunde. Desde hoy, ya puedes hacer reservaciones para las primeras vacaciones en la Luna. La ciencia médica ha obtenido logros jamás igualados en toda la historia de la humanidad. Siglos de conocimientos que hoy confluyen en una vida mejor. ¡Necesito cambiar de look!

Con incesante innovación y disciplina hoy se obtienen cuerpos maravillosos con horas/gimnasio. Están de moda los cuerpos firmes y bronceados —dime a qué gimnasio vas y te diré quién eres. Todos los hoteles incluyen servicio de SPA para que los más sibaritas no extrañen sus rutinas diarias, el lema: Libera tu mente, libera tu cuerpo, todo es posible. Todo se vale en un mundo que no reconoce los excesos.

¿Qué ejercicios se te ocurren? Después de Jane Fonda, los gurús, expertos en el acondicionamiento físico, aparecieron como hongos en el bosque tras una semana de lluvias, Aerobicos de bajo y alto impacto, yoga que ya había llegado para quedarse desde hacía muchos siglos en la India, también el Tai Chi en China; parecía que no había nada nuevo bajo el sol, pero llegó Pilates, lo más nuevo, lo que está de última —ya sabes, Daisy Fuentes, Madonna, Ophra y todos los famosos lo practican. No hay pretextos, las gelatinas son sólo para el desayuno.

Lo puedes sufrir todo, es más, lo debes sufrir todo antes de que la fuerza de

gravedad te afecte. Como dice Boris, mi instructor y guía, “—mira cielo, aquí hacemos todo lo posible, lo imposible lo hacen los cirujanos. Los bisturís abren camino para las ‘pompis altas’, la liposucción elimina todo lo indeseable y los implantes redondean hasta reestructurarte como una Jennifer López”. ¿Qué más se puede desear?

Ahora o nunca. Necesito confiar en los expertos antes de que Alzheimer o Parkinson me alcancen. ¡Estoy dispuesta a todo! ¡Voy a darme permiso!

* * *

Todos dicen que hay un cambio inesperado en mí. Las más atrevidas o las más envidiosas me preguntan que si me operé la cara, cuando les digo que no, se atreven a más y me dicen qué si me operé el busto, qué si me hice la lipo... Digo que no y sólo sonrío como una pequeña esfinge. Eso sí, aferradas al brazo de sus maridos como ostentando su título de propiedad, me observan de arriba a abajo.

Ellos me dicen que tengo una mirauda que marea, que ese mohín de mis labios los distrae y que el tono de mi voz es ahora más bajo y sensual. Parece que algo está pasando.

* * *

Estas burbujas doradas, redondas, perfumadas a manzana agridulce y tentadora se me están subiendo a la cabeza, pierdo piso, floto a la deriva; pero me gusta esta sensación desconocida de irrealidad...

Rescato imágenes de textos olvidados y van apareciendo en la pantalla de mi mente situaciones que sólo soñé pero que siempre quise vivir.

Un agradable sopor me incita; mi ropa va dejando un camino de encajes y satín apasionado.

Me detengo, degusto este momento de placer absolutamente delicioso cuando el espejo me devuelve una imagen plena, y la mirada de mi esposo que por primera vez, me come con los ojos. Comienza la celebración.

La mujer de Lot

Ernestina González Hernández

TERCER LUGAR

*Entonces la mujer de Lot miró atrás...
y se convirtió en una columna de sal.*

GÉNESIS 19:26

Me llamo Iocabet pero nadie lo sabrá jamás. Así lo decretó Lot, así obedecieron mis hijas. Viví en Sodoma hasta los 29 años y vine a encontrar mi fin en Zoar. Mi tumba es el desierto, porque ciertamente no iban a enterrar un puñado de sal.

Durante un instante fui mi propia lápida y monumento, mi piel y músculos sal, milagrosamente en pie fija mi mirada en el azufre y fuego que caía del cielo. Lot gritó al comprender lo que había pasado y no vi una sola lágrima en su rostro. Sal a la sal.

Vi furia, vi desprecio, vi esa pared que había erigido en Sodoma durante tanto tiempo, alejándose de todos, oculto en una fe que consentía que dos ciudades ardieran por sus pecados.

Fue la costumbre, creo, la que impulsó su mano contra mí. Pero mi piel no era ya mi piel, y la carne no recibió el firme golpe, no caí protegiendo mi rostro, mirando al hombre en que Lot se había convertido, lejos del joven que me entregó una vez un cuenco de agua, y trajo un pan de miel porque no tenía más. No era entonces el Justo, el Recto, el Único. Era Lot, simplemente. Sus manos eran ásperas ya, pero me tocaba con tal delicadeza que se volvían seda para mí. Esas manos también se fueron secando, se volvieron duras; fuego y azufre para mi piel.

Cuando me vio sal no lo pensó siquiera, lanzó el golpe para castigarme como si la muerte no fuera castigo suficiente.

Su mano se perdió en lo blanco de mi ser, mi rostro sorprendido se desmoronó junto al precario equilibrio que me mantenía aún en pie. Caí, cierto, pero en un velo de sal que se dispersó al viento.

Mis hijas lloraban, pero contenidas, casi silenciosas. No lloraron por mí sino por su padre. Ellas también habían levantado un muro como el de Lot. Sus piedras estaban hechas de asco, de horror, de repugnancia ante lo que las rodeaba.

Podía entenderlo.

Había niños vendiéndose en las calles de Sodoma, y hombres armados gobernaban la oscuridad, y uno sabía que no había justicia alguna para los que no teníamos nada.

Pero ese muro había dejado afuera todo lo demás, la mujer que compartía su mendrugo con el niño, los hombres que mantenían la fuente para que los que

llegaran del desierto tuvieran un poco de agua.

Cuando huimos de la certeza del fuego, cuando el fragor de la ciudad ardiendo llegó a nosotros junto con el estruendo de mil cuerpos quemándose, tuve miedo.

No de la Mano de Dios sobre la ciudad.

Tuve miedo de los muros que ellos llevaban consigo. De la alegría de sus rostros.

Al fin, al fin, al fin

Castigados los pecados, derribadas las iniquidades, hundidos los insanos placeres.

Al fin derribada Sodoma, y Gomorra ardiendo a lo lejos.

No había piedad detrás de esos muros, no había más que la certeza de que el Pecado sólo puede lavarse con sangre, que las faltas deben arrancarse a fuego, que fuera del Camino no hay más que la devastación.

¿Dónde las tardes en que salíamos a tomar el sol de Sodoma? ¿Dónde los momentos en que nuestras hijas rieron en los jardines de la ciudad? ¿En qué sitio un lugar para las pequeñas debilidades que nos permitían comprar un poco de seda para tocar algo hermoso aunque fuera una vez?

¿Dónde...?

En el fuego, detrás de nosotros.

Lot ya no era Lot, nunca lo sería más: Era el Bendito, el Justo, el Salvado. El Recto.

Las paredes derribadas detrás, en fuego y sangre, hablaban de que no dudaría jamás de su fe.

¿Qué sendas, qué caminos, qué rumbos trazaría para mí? ¿Qué Muro iría levantando a mi alrededor? ¿Qué fuego, qué azufre, qué sangre reservaría para mí si dudaba? ¿Qué Mano de Dios iba a tocarme si me apartaba de *su* camino que, lo supe entonces, no era el mío?

No volví la mirada para ver el final de Sodoma. Nunca lo entendieron.

Le di la espalda a Lot.

Eso fue lo que hice.

Me han dado tres nombres y me los han quitado uno tras otro.

No importa, nunca fueron míos. Mi nombre verdadero era el que los muñecos con los que jugué me nombraban, me llamo como me nombra la soledad. Ella y yo sabemos las sílabas que me representan verdaderamente.

A veces ellos creen que yo soy mi cuerpo y mi carne y por ello me visten de ropas ásperas, me dan una cuerda que atar dolorosamente a mi cintura para que mi piel sea tormento y no solo piel. Pero yo no estoy en esta celda minúscula, en esta cámara fría donde agonizo.

Sólo una vez les permití saber dónde me encontraba. Sólo una vez y ahora me han arrebatado a mí de mí.

El obispo de Puebla me toma en sus manos ásperas sin saber que soy yo, y lee con desagrado mi alma.

Pronto no importará, pienso mientras mi garganta lentamente se va cerrando. Pienso en la mujer de Lot, en el fuego que quemó su ayer y en el porqué se volvió a verlo así le costara la vida.

Yo soy la mujer de Lot, me digo como si hubiera decidido contraer la peste, como si voluntariamente hubiera tocado mis labios con la enfermedad para convertirse en sed, en pústulas en la garganta, en sal. Como si la pluma que me arrebataron fuera una ciudad derribada, como si el aceptar que era un pecado

pensar como pienso, ser lo que soy, ver como veo fuera aceptar la Mano de Dios llena de fuego que me señala.

Pero no soy la mujer de Lot.

Pienso en los años en que he vivido lejos de lo que soy.

Juanita, Juana de Asbaje, Sor Juana. Tres nombres y ninguna yo.

Soy unas cuantas sílabas, algo de tinta sobre papel, soy las palabras que hilaba, la pauta precisa que encontraba para que cada frase tuviera significado.

Pero, repito, es pecado.

Ser es pecado.

Tuve que admitirlo, tuve que reconocerlo, tuve que dejarme atrás.

Pienso en la mujer de Lot y me digo que fue afortunada.

Peor es volver la vista atrás, y no convertirse al instante en sal.

No tengo nombre. Ya no. Pero no importa. Nada va a nombrarme aquí. En este lugar todo pierde singularidad y se convierte en un todos.

El perro que escarba en mi piel es todos los perros que recorren este yermo, la bolsa que se pega a mi mano destrozada es toda la basura que vaga entre la arena, el desierto donde yazgo es todos los desiertos donde yacen los cuerpos.

Creí conocer el desierto, creí que lo había visto allá a lo lejos, mientras viajaba de una ciudad a otra.

Que bueno que te marchas, hijita, lejos de esta Sodoma, de este pecado, de este infierno.

Sí, mamá, dije, pero no sentí que la diferencia fuera mucha. Ciudad Juárez no es más que otra ciudad, fue reemplazar una maquila por otra, un techo de lamina hirviente por otro de acero sin ventilación, fueron 300 camisetas por hora en vez de 150 pantalones. Fueron otras compañeras, que me pagaran un lunes en vez de un viernes.

Fue la distancia que no pude mantener.

En algún momento te rompiste la cadera, entonces la prioridad fue el dinero que necesitabas, la escuela de mis hermanos, las rutinas que aferraban a la familia, el que fuera más sencillo regresarme que volver a construirlo todo en otra parte, que sólo nos separaba un desierto que recorrí de vuelta.

Esta arena y estas dunas pensé que sólo eran un par de horas en camión, algo domesticado. ¿Quién fuera a pensar que fueran infinitos, después de todo? ¿Qué en su interior mi cuerpo iba a desaparecer para siempre?

Es un desierto lleno de aceite, y basura, como si Ciudad Juárez fuera un cáncer que se extiende hasta aquí.

Mis ojos abiertos, secos y llenos de horror puede que estén de acuerdo.

Tal vez me encuentren por casualidad, tal vez alguien se acerque a ver qué comen las ratas. Entonces tendré un número, una carpeta donde vayan guardando lo que encuentren de mí, las fotos de lo que queda de mi cuerpo, lo poco que la autopsia (de hacerse) diga de mis últimas horas.

En los archivos tampoco hay individualidades.

Seré una cifra más. Otra más. Una molestia porque he avanzado un dígito más la matanza. He permitido que me maten.

Si pudieran iban a castigarme por ello.

¿Cómo me atrevo a contradecir los discursos que afirman que no se dará más, qué las acciones emprendidas son las correctas, qué los cuerpos en el desierto se han terminado ya?

Mi mamá llora reclamándome: te hubieras quedado lejos, m'hija, ¿porqué volviste? ¿para qué regresaste? ¿Por qué quisiste convertirte en ese cuerpo que

nadie reclama, en ese despojo?

¿Quise? ¿Permití?

Todos lo dicen, todos lo piensan.

Las autoridades afirman que es mi culpa, por existir. Mi familia por permitir que alguien me sumergiera en el secreto.

Mis heridas prueban algo, pero no sé qué.

Alguien afirmará que me lo busqué, otros dirán que tal vez lo merecía, otros sepultarán mi archivo por que 100 y 400 se parecen si sólo son cifras y no cuerpos tangibles.

Tal vez sea mejor el desierto.

Mejor que mil personas ocupadas en negar, ocultar, olvidar lo que pasa. Un expediente mal armado sólo es eso, una cifra manipulada únicamente cifras. No son cuerpos a los que se les negó toda piedad, no son piel abierta sino carpetas que pueden cerrarse con un gesto.

¿Cuántos cómplices minúsculos de la cuerda que apartó al mundo de mí, cuántos secretos encubridores que, juntos, forman un desierto más grande que aquel donde estoy?

¿Por qué volviste la vista a Sodoma, mujer, si te habías salvado ya?

Fuiste tú la que viste atrás, fue tu decisión la que te convirtió en sal.

¿Qué puedo decir con la boca llena de arena? ¿qué puedo decirle a todos los que me acusan de ser la mujer de Lot?

—Susana —dice lenta, densamente, logrando que mi nombre suene a amenaza.

Paradójicamente logra que casi me ría de él.

¿Susana *qué?* Susana detente, Susana discúlpate, Susana rueda, saluda, Susana hazte la muerta.

Susana ¡*siéntate!*

—Ay, Paco —digo a mi pesar, como quien le dice a un niño que las cosas no son como él quiere.

Me desagrada que yo haya cedido un poco, mostrar el cansancio que todo esto me provoca. ¿Para qué? En serio, ¿de qué sirve ya?

Lo que había que decirse se dijo, en diferentes tonos de voz, en diferentes tiempos, a gritos y llantos, en silencios y reproches, en papeles y firmas.

La historia que tuvimos juntos se cerró hace mucho.

—Si te vas...

¿No se daba cuenta? Me marché hace mucho, hace meses que yo no era quien estaba aquí, quien se decía que tal vez si aguantaba un poco más, tal vez...

—Ay, Susana —me dije a mi pesar.

—Si te vas, lo pierdes todo...

¿Qué es *todo*, Paco? ¿Esta casa, estos muebles, la rutina que construimos, el vacío donde fuimos perdiéndonos, el ahogo donde nos hundimos?

¿Ese es el todo que perderé si salgo por esa puerta?

Miro las llaves en mi mano, y dejo que escapen de entre mis dedos. Pensé que estas paredes eran nosotros, creí que estos cuartos nos representaban, que yo aquí era yo.

Paco, también yo me equivoqué.

Nadie es perfecto.

—Si sales, no vuelves...

¿No era maravilloso eso? ¿No era justo lo que hacía que diera el primer paso?

—*Aún* te quiero, Susana.

A un paso sigue otro. A una decisión, otra. A un instante el siguiente. Detrás de la puerta abierta había otros tiempos y lugares y sucesos.

A mi pesar, titubeo.

¿No es lo nuevo extraño? ¿No es lo nuevo peligroso? ¿No es mejor lo conocido?

—Afuera no tienes nada, Susana...

¿Y por que eso sería malo?

—Susana —repite, como quien se ha perdido.

Doy un paso, y otro más. Yo también me he perdido y es necesario que me encuentre, yo también necesito de mí.

—Susana —dice porque se le han agotado las palabras y lo único que tiene es mi nombre, para llenarlo de miedo, de suplica, de amenazas, de llanto, de tantas cosas que es como si le perteneciera de tanto usarlo, como si fuera suyo más que mío.

Se lo dejo, dejo atrás el Susana.

Caminó y en el último instante vuelvo la cabeza, como la mujer de Lot.

No me convierto en sal, no me desmorono ante su vista, no quedo inmóvil ante la caída de lo que fue.

Sólo es una historia que termina, Paco.

—Adiós —digo, por que después de todo compartimos casi una vida juntos.

Cierro la puerta y me marcho de ahí.

Cacahuates

Carmen Sánchez Martínez

PRIMERA MENCIÓN HONORÍFICA

HISTORIA DE MI ABUELA, UNA MIGRANTE MEXICANA EN ESTADOS UNIDOS

Tal como se la contó a mi madre cuando estaba a punto de dejar su carrera de nutrióloga para cuidar a sus hijos, a petición de mi padre, un ejecutivo de *General Foods*.

¿Acaso podría despreciarme más? Me pregunté cuando comprendí la forma en que me miró aquel día por la tarde, cuando volvía feliz porque finalmente había encontrado trabajo en la procesadora de alimentos y no habría tanto de qué preocuparnos si reuníamos nuestros salarios. Dijo que ahora tendría que preparar la comida para desconocidos holgazanes que se conforman con cualquier cosa que puedan pagar y no para mi familia, como era lo correcto. Todavía alegre, pero algo desconcertada por sus palabras, le expliqué: no era en el área de comida congelada, sino en la de cacahuates para botana en donde me emplearía. ¡Cacahuates! —dijo—, “Si apenas tú vales uno al aceptar ese trabajo de mierda.” “Como quieras —pensé—, de todos modos te comerás el dinero que salga de esa mierda.”

Cacahuates... De pronto viene a mis dedos la memoria del primer día de trabajo en la fábrica de cacahuates. Como era nueva, me tocaba descascararlos. Eran auténticas montañas de esos pequeños frutos terrosos en su textura y en su color. Aquel día regresé con los dedos agrietados y sangrantes de tanto pelar cacahuates y con las uñas de los dedos índice y pulgar blanqueadas y rotas de tanta tierra. Muriéndome de hambre, pues con las prisas de mandarlos a ustedes a la escuela, olvidé la torta y el jugo que me preparó tu hermano para llevar de almuerzo.

Aprendí la lección. No se come al pelar cacahuates. Aunque seas tú quien los limpie, no puedes comerlos mientras lo haces, ni entonces ni ahora, porque hoy tendrías que quitarte los guantes y el cubre bocas, contaminando el resto de semillas y deteniendo la línea de producción; te ahogarías en un mar de cacahuates. Aprendí. Así que diario me paraba a las cinco de la mañana a preparar el fogón, a acarrear el agua y esperar a que se calentara para meter a ti y a tus hermanos a bañar. A preparar café y tortillas, huevos fritos y salsa para el desayuno. Cocer los frijoles para las otras comidas y el complemento, carne si era quincena; más huevo y salchichas o alitas de pollo en otras épocas. Eso sí, no volvimos a comer frijoles pelones nunca más. Me preocupaba que alcanzara el dinero para “comida de verdad”, como decía tu abuela. No me importaba tener que irme caminando desde nuestras barracas hasta la empacadora o comprar

sólo ropa de segunda. Era mucho el trabajo para desperdiciarlo en lujos innecesarios. Tu abuela me enseñó que lo más importante era que todos comieran bien. “¿Cómo van a estudiar esos niños si llevan el estómago vacío?” Escuchaba esas palabras como un eco en mi cabeza y me compraba un cigarrillo de tanto en tanto en vez de la cajetilla que me merecía. Ya lo ves: después de todo la abuela tenía razón; ustedes comieron bien y pudieron estudiar más allá de mis sueños.

Era mucho el trabajo. Te costará pensar que unos 250 gramos implican más de una hora tan sólo en pelarlos. Ya no digamos el dorarlos, salarlos y revolverlos en polvo de chile y limón. Todo para unos cuantos pesos que gasta la gente al comprarlos.

A pesar de lo baratos que son, para mí los cacahuates son como bolitas de oro cubiertas de tierra. Gracias a ellos pude juntar para el enganche y pagar los abonos del calentador y la estufa de gas; las camas y las sábanas que dejaron de ser de costales de café blanqueados con cloro y cosidos simétricamente. Gracias a ellos tuvieron ustedes sus primeros abrigos. Aunque fueran de segunda. Las otras obreras me miraban con recelo. ¿Cómo era posible que mis niños estuvieran tan gorditos mientras que todos los demás que acudían a la misma escuela estaban todos entecos? ¿De dónde me alcanzaba para comprarles abriguitos y botas de hule para la nieve? Yo no abría mi monedero para una sola cerveza, ni para una coca o chocolate empacado. En vez de gastar en esos lujos compraba fruta y el postre que nunca faltó eran los cacahuates garapiñados que hacía cada domingo en la tarde ¿Te acuerdas? Los guardábamos en una lata para café y duraban toda la semana listos para racionarse en un puñito que llevaban a la escuela envuelto en papel estraza.

Aquella navidad de mi primer año la recuerdo claramente. Estoy segura de que tu también. Cenamos pollo frito, zanahorias cocidas con mayonesa y mazapán de cacahuete. Me sentí agradecida cuando vi nuestra mesa. Recuerdo la sonrisa y la alegría que apenas nos cabía en el corazón. Nos sentíamos especiales y bendecidos. No puedo negarlo, al principio era todo un fastidio pelar aquellos cerros interminables de semillas; la recompensa al sufrimiento de ocho horas era el sobre quincenal.

Luego de los primeros dos años aprendí a reconocer la calidad de las semillas y me di cuenta de que algunos de los despenseros revuelven el cacahuete joven con el viejo y seco para sacar los costales del año pasado sin merma en sus bolsillos. No es lo mismo un cacahuete que cruje al quebrarlo y te ofrece sus firmes semillas envueltas en ese rosado papel de china, que el que tiene la cáscara blanda y el pellejo café, pegado hasta al tuétano al frutillo arrugado y disminuido del cacahuete viejo. Así que tuve mi primer ascenso cuando me asignaron para elegir a los proveedores y supervisar las dotaciones que nos llegaban. A veces tuve que regresar un camión entero de costales adulterados con frutos viejos y resacos, alegando que ése no era el cacahuete que me habían mostrado.

Casi sin darme cuenta aprendí a leer en las tardes cuando, luego de comer, me sentaba a ayudarlos con la tarea. Aprendí junto a ustedes y el mundo que había en sus libros también fue mío. Esas lecciones me entretenían mientras pelaba cacahuates, pues se me fue haciendo una costumbre pensar en lo que habíamos repasado la tarde anterior y en cómo podía yo ayudarlos a ustedes. ¿Ves? Pelando cacahuates también aprendí a pensar, lo que no hubiera sucedido al lavar ajeno o cocinar en las barracas para los braseros sin familia. El chiste de pelar cacahuates está en no desesperarse por acabar, sino en hacerlo lo más rápido que puedas, de forma siempre igual y sin distracciones. Esto lo consi-

gues una vez que conoces la naturaleza de la semilla, idéntica en su variedad y, desde luego, poniendo los pensamientos en algo que te gusta. No sirven para eso los chismorreos de las vecinas ni los problemas con los maridos; tampoco hacer cuentas para ver cuánto debes a los aboneros que pasan al otro día de que cobraste. Eso desespera más. En cambio, pensar en lo que es el universo, en que la sal sirve para que la carne no se eche a perder, en las razones para escribir la m antes de la p, o en tratar de entender las divisiones para ayudarlos a ustedes, eso es otra cosa. Se te van las horas sin sentir y cuando menos te das cuenta, acabaste con la montaña y puedes hacer otra cosa. Ayudarle al supervisor y aprender a usar la maquinaria. Aprender a pensar me ayudó a crearme una imagen de empleada seria y trabajadora. El supervisor les decía a las demás que me tomaran como ejemplo: yo sí que sabía trabajar con seriedad, rápido y sin perder el tiempo en comadreos. No decía nada, pero en mi interior pensaba que yo sí sabía tomarle el pelo. A fin de cuentas me la pasaba en otros lados mientras trabajaba. Perfeccioné esa cualidad cuando me aficioné a leer. Primero los libros de texto y luego algunas lecturas de las que me hice poco a poco, tras perder mi miedo y entrar, primero, a la librería de la parroquia. Luego a la del centro. Mientras trabajaba repasaba las historias que leía y repetía a veces de memoria los pasajes que más me gustaban. Así que no sólo parecía estar muy atenta al trabajo en la empacadora. Empecé a practicar esa misma táctica ante las discusiones de tu padre y los reclamos de su familia por gastarme el dinero en lo que yo consideraba importante y ellos no. Hasta cuando veía a mi mamá, tu abuela, quien me reclamaba la forma en que mis hijos estaban creciendo. (“Están aspirando a más de lo que pueden tener, eso le hace daño a la gente.”) Me ponía seria, los miraba a los ojos pero con la mirada vuelta al interior repasando mis lecturas favoritas. Al final decía, simplemente, “Está bien”. Y todo mundo pensaba que yo había escuchado, que yo había entendido.

Como ves, también los cacahuates me ayudaron a tomar mis propias decisiones. Poco a poco los libros ocuparon una modesta repisa de la cocinita. Perdí la pena de que los vecinos y familia los vieran al entrar o de que nos encontraran leyendo en vez de ver el televisor, porque no teníamos y yo preferí siempre comprar libros, que además eran más baratos y nos servían a todos. Perdí la pena de ir al banco y abrir una cuenta de ahorros; de preguntar todo lo que no sabía y de decir que no lo sabía. De que todo mundo supiera que era una obrera mexicana y de que a pesar de todo decidiera rentar un departamentito para ustedes y yo cuando me harté de su padre. No es que no lo quisiera. Si lo quise y aún lo quiero, pero me cansó la forma en que me miraba como diciéndome que ya no era la misma ni que frente a sus amigos su excusa favorita por no tener televisión y no poder invitarlos a ver el béisbol y tomar cerveza fuera decir: “Ya ven: salió tan loca como sus hijos.” “De nada sirve tener una mujer que trabaje si todo se lo gasta en mugroso papel y no quiere ayudarme con los gastos de la casa.” La última ocasión que aguanté las risotadas de sus amigos decidí buscar otro lugar para vivir para que ni una vez más ustedes vieran cómo me humillaba. Así fue. Y como ves, todo eso gracias a los cacahuates. A veces trato de imaginar lo que hubiera sido mi vida sin ese trabajo. Qué cosa tan triste, cuánta hambre. Ahora sí que no hubiéramos tenido ni cacahuates para comer.

¿Qué más puedo decirte? Lo demás lo recuerdas perfectamente. Ese departamento con regadera y la estufa de gas, las paredes rosadas y el baño propio. Los colchones en el piso y las transformaciones que fue sufriendo a lo largo de muchos años hasta que ahorré lo suficiente para comprar una casita en los su-

burbios. Seguramente te acuerdas. Ustedes, sus vidas sin tener nunca más que pisar descalzos un piso de lodo. La escuela y los logros, los pequeños problemas. Todos los problemas fueron pequeños y lo sabíamos. Al salir de las barracas lo peor quedó atrás y nada podría igualarlo. Por eso todos nos portábamos fuertes y valientes. Así era cuando se enfermaban de las anginas y tenían que quedarse solitos en la casa porque yo me tenía que ir a trabajar, encerrados hasta las seis de la tarde, o cuando, al entrar una nueva maquinaria para agilizar el trabajo en la empacadora, dos dedos se me fueron con los cacahuates. Algo tenía que pagar. Yo lo sabía. Pero ustedes lloraron por mis dedos y porque ya no podría usar el anillito de plata que tanto me gustaba y que era de mi abuela. Pero me conformé con la indemnización y con mi ascenso. Así pagamos la universidad. Me costó dos dedos y muchos, muchísimos cacahuates.

Ya nada más te contaré la última discusión con tu padre, porque sé que no te acuerdas y estás ya en edad de escucharlo y de tomar tus juicios y decisiones propias ahora que la vida juega contigo y te pone en una situación muy parecida. Luego de quince años de vivir con él y diez de estos trabajando en la empacadora yo era ya otra persona, decía lo que pensaba y hacía lo que creía más justo. Con ustedes y nuestras maletas en la camioneta que nos prestó el gerente para la mudanza, me dijo: “¿Ves? Pura mierda tú y tus cacahuates.” Me limité a decir, recordando lo que pensé años atrás, y por primera vez consciente de pensarlo y decirlo, al fin: “Comiste de esa mierda. Pero no te preocupes, que estos cacahuates no brincan en tu comal.”

Generaciones

Claudia Morales Bustos

SEGUNDA MENCIÓN HONORÍFICA

Recién cumplidos los 17 años, Amalia admite la pasión que siente por la pintura y el deseo que tiene de estudiar en la Escuela de Pintura y Escultura denominada “La Esmeralda”, la cual formaba parte de la Secretaría de Educación Pública. Había escuchado hablar de Frida Kahlo y quería formar parte de su grupo de alumnos conocido como los *Fridos*, pero se encontraba en un dilema, toda vez que expresar ese deseo le ocasionaría muchos problemas con su padre, quien era un hombre con ideas radicales. Su madre, de nombre Soledad, en múltiples ocasiones le hablaba de lo que las mujeres de la época tenían por costumbre hacer, tratando de persuadirla, pero dicho esfuerzo era en vano porque Amalia no desistía.

Fue en 1944 que la noticia de que Frida pinta y participa en diversas exposiciones nacionales e internaciones, la que la motiva hablar con su padre.

El viernes, como todos los días, ayudó a su madre en la preparación de los alimentos; su padre llegó a casa a las 3:00 p.m. para probar el menú que tan esmeradamente se había preparado, caldo de gallina y enchiladas verdes. Amalia, ese día en especial, se esforzó más preparando un rico flan, postre preferido de su padre, quizá para endulzarle un poco el carácter. Durante la comida, su padre, Óscar Enciso, que era burócrata, abordó varios temas, iniciando con lo sucedido por la mañana en la oficina. Posteriormente, enalteciendo la decisión que dos años antes el general Manuel Ávila Camacho tomó al declararle la guerra a los países del eje, expresó:

—Fue defendiendo la honra de nuestro país ante la doble ofensa que se perpetro a nuestra soberanía...

Tema que en su casa se abordaba al menos una vez a la semana y ésta no sería la excepción. Finalmente concluyó a su modo con una felicitación por el postre que degustaba, argumentando que las mujeres para lo que habían nacido era:

—Para cocinar, cuidar al marido y a los hijos.

Ese comentario le bajó la moral a Amalia, pero hizo de tripas corazón, así que siguió a su padre, el cual se encontraba en el sillón del estudio acompañado de una taza de café, por supuesto de olla y bien cargado, leyendo apaciblemente acerca de las orquestas de Mariano Mercerón, Son Clave de Oro y Benny Moré, en el Excelsior. Amalia tocó la puerta del estudio y le preguntó a su padre si podía pasar. Se sentó en una silla de bejuco frente a él y empezó a hacerle preguntas referente al arte. El señor Enciso, creyéndose un experto se explayó, pero Amalia hábilmente lo fue llevando a donde quería, específicamente a la

pintura. Empezaron hablar de pintores famosos, Monet, Van Gogh, André Breton, Richard Burchett, y por supuesto de artistas mexicanos, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, José Clemente Orozco y naturalmente de Frida Kahlo. Amalia le comentó a grandes rasgos aspectos de la vida de ésta y le mostró un Boletín del Semanario Mexicano de Cultura, en el que Diego elaboró un artículo haciendo un recorrido por la historia, la sociedad y el arte de México hasta llegar a la pintura de Frida, declarando casi al final lo especial de su arte. Con este preámbulo, Amalia le comentó a su padre lo mucho que le apasionaba la pintura y que tenía grandes deseos de llegar a ser una pintora, por lo que pedía su anuencia para acudir a La Esmeralda. Él guardó silencio, la miró fijamente a los ojos y después estalló en ira. Levantando la voz y lleno de prejuicios expresó:

—*Ninguna hija mía es una loca, por lo que no voy a permitir que deshonres mi nombre de esa manera, así que por tu bien quítate de la mente esas ideas que seguramente has escuchado de mujeres revoltosas dizque “feministas”, ya que al final lo único que conseguirían, al igual que tú, serán unos buenos azotes por tener esos deseos contranaturales.*

Ella se quedó sin palabras e indignada, lo más pronto posible y en silencio se dirigió a su habitación sin permiso y humillada.

Transcurrido un mes de ese percance, Óscar apenas le dirigía la palabra a Amalia, Soledad trató de defenderla pero fue inútil, su padre fustigó la actitud de la madre y la hizo responsable del libertinaje de Amalia, argumentando que ella era la culpable de esos deseos estúpidos de la hija y que su única obligación era limpiar, cocinar y educar bien a sus hijos bajo ciertos principios cristianos, mismos que por lo visto no supo inculcar. Amalia, al ver esa situación, sintió pesar y arrepentimiento por haber expresado sus sentimientos a Óscar y que él hubiese reaccionado de esa forma, ya que su madre era una gran mujer y no le parecía justo que éste se expresara de esa manera de la persona que le había dado la vida, así que no insistió más para evitar mayores problemas.

Pasado un año y aún con la idea fija de dedicarse a la pintura, tomó la decisión de inscribirse a las clases de arte para formar parte del grupo de los *Fridos*; por supuesto, lo hizo en connivencia con su madre y a hurtadillas del señor Enciso, quien durante las clases se encontraría en la oficina. Ése fue uno de los años más felices de su vida, ya que conoció a Frida, aprendió diversas técnicas de pintura y se hizo de grandes amigos. Ya para el final del año, los *Fridos* decoraron los muros de los lavaderos públicos de Coyoacán; para ella fue una gran emoción ver su obra materializada en ese lugar, era como si hubiese exhibido sus pinturas en Nueva York o en la Galería de Arte Mexicano. A partir de ese día cada vez que se sentía triste o desvalorizada acudía a los lavaderos de Coyoacán y salía con nuevas energías.

Uno de sus grandes amigos en La Esmeralda fue Ilich; ambos tenían muchas cosas en común. Lo consideraba su alter ego. En esa etapa, Amalia por primera vez se sintió un ser independiente, pensante y por fin con un paso fuera de la cocina; ese año convivieron bastante, la tenía admirada su capacidad artística, así como sus conceptos sobre la pintura, la escultura y la vida, pues nunca había conocido a un hombre con ideas tan *sui generis* para la época. Llegó el fin de cursos e Ilich y Amalia decidieron continuar sus estudios en la Academia de San Carlos, de Artes Plásticas, pero Amalia no encontraba la forma para abordar el tema con su padre sin que éste nuevamente estallara en ira, seguro se lo prohibiría, acompañado de una serie de descalificaciones tanto a su persona como a la de su madre y quería evitar esa situación.

Así que faltando dos semanas para la inscripción decidió continuar con la mentira, bajo el razonamiento de que si había cursado un año sin que su padre la detectara, pensó que podía continuar de la misma forma hasta culminar su ideal y más adelante ya se vería, por lo que iniciadas las clases, se inscribió en grabado, escultura y pintura, ésta última era impartida por María Izquierdo, que fue ese año uno de sus modelos a seguir. En ese medio conoció a otros artistas, por supuesto en su minoría mujeres quienes tenían otra forma de pensar, por lo que decidió formar parte de agrupaciones femeninas que luchaban por los derechos de la mujer y su independencia, pugnando siempre por la igualdad de oportunidades en el ámbito de la educación y del trabajo.

En aquella época se escuchaba hablar de María Lavalle Urbina, la primera mujer que se tituló como abogada en Campeche y la primera Magistrada del Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal y Territorios Federales, y obviamente modelo a seguir de mujeres como Amalia.

Pasados ocho meses, llegó el día en que no pudo ocultar más la mentira ante Óscar y una mañana sorpresivamente éste se presentó en la academia de San Carlos. Entró al salón 2A, donde Amalia se encontraba disfrutando de sus clases de grabado con el profesor Fernández; ella, sin imaginarse lo que sucedería, en el marco de la puerta vio a su padre de pie y mirándola fijamente con ese gesto de desprecio característico en él, sintió que un calofrío recorría todo su cuerpo, sus manos se empezaron a adormecer. Entonces su padre recorrió el salón de muro a muro, se dirigió a ella y tomándola del brazo le dijo:

— *¡Cómo te has atrevido a desobedecerme!*

Ella por temor a un escándalo mayor no contesto.

Óscar, con insultos y empujones, la sacó del salón, Amalia indignada y apenada accedió a retirarse de la academia porque la actitud de su padre la avergonzaba; ya en la puerta de acceso se encontró con Ilich, quien alarmado detuvo al padre de Amalia pensando que era un desconocido y la quería lastimar, así que le preguntó:

— *Amalia, ¿te encuentras bien?*

— *Sí, no te preocupes, es mi padre*

El señor Enciso soltó un derechazo al rostro de Ilich, quien lo esquivó como todo un boxeador profesional.

En San Carlos se rumoraba que el padre de Amalia era un hombre con ideas machistas y retrógradas que la mantenía encerrada en casa para que no asistiera a la academia.

Un viernes como a las 12:00 p.m. Ilich que conocía perfectamente el camino a casa de Amalia, acudió a ésta. Ya frente a la puerta dudó en tocar, pero finalmente lo hizo; abrió Soledad y él de una forma muy cortés expresó:

— *Buenas tardes señora, disculpe la interrupción pero vengo a preguntar por la salud de Amalia, ya que sus amigos estamos preocupados por ella, puesto que no se ha presentado a la academia.*

Soledad, con un dejo de tristeza suspiró profundamente y lo condujo al recibidor. Le ofreció un vaso de agua de horchata y llamó a Amalia para que ella fuera quien le explicara lo sucedido. Amalia apareció ante él notablemente más delgada y sin ese brillo en los ojos que la caracterizaba, lo saludó y le comentó la situación tan tensa que se vivía en su casa, dejándole en claro que ya no acudiría más a la academia y que sus sueños de ser una pintora se habían frustrado. Esta actitud sorprendió a Ilich, pues sabía que era una mujer valiente y pertinaz. Ella le comentó que tomaba esa decisión porque no quería lastimar

con sus deseos a su madre, el ser al que más amaba y desgraciadamente las consecuencias las pagaría ésta. Conforme avanzaba su plática paulatinamente aumentaba la furia, de soledad, hasta que no pudo contenerse y en un arrebato de ira y de forma reticente, expreso sus sentimientos hacia el señor Enciso:

—*Es imposible vivir con mi padre, lo único que siento por él, es des...*

Ilich no entendía fácilmente esta decisión pero la aceptó, terminó su agua de horchata y se despidió de Amalia, ésta al ver que se retiraba, fue invadida por una gran tristeza, ya que con él veía alejarse lo que más le apasionaba en la vida, la pintura.

Pasados seis meses de esa visita, en la casa de Amalia se respiraba represión, combinada con tristeza.

Desde la escena humillante acaecida en la academia, Amalia no volvió hablar con Óscar más que lo indispensable, él no le daba gran importancia, además consideraba que se encontraba en una etapa núbil y era momento que dedicara más tiempo a lo único que sabía hacer una mujer “esposa”, y por supuesto, como era su costumbre, el marido también lo elegiría por ella. No pasó mucho tiempo cuando su padre invitó a comer a casa a Jose María Torres, hijo de don Javier Torres Flores, abogado penalista y uno de sus mejores amigos, lo presentó a la familia y dio las mejores referencias de él, pero Amalia, sospechando de las intenciones de su padre, no lo soportó desde el primer instante, y menos aún cuando corroboró su teoría, pues el famoso José María acudía dos veces por semana a comer y a cenar, así que trató de ser muy esquiva con él y demostrarle con ello su desdén, pero éste hacía caso omiso ante tales señales. Cierta día doña Soledad le pidió que se diera una oportunidad de conocer a este muchacho, que probablemente no era una mala persona, y Amalia por complacer a su madre aceptó ser amable con José María, pero no sólo lo hacía por Soledad, sino también por ella, pues se sentía encarcelada, ya que tenía meses sin platicar con alguien que no fuera su familia.

Un sábado por la mañana José María se presentó en casa de la familia Enciso, con un envoltorio, de color café. Soledad lo condujo al recibidor y le ofreció una taza de té, Amalia escucho su voz y se acercó a saludarlo:

—*¿Cómo está, señor Torres?*

—*Muy bien, Amalia, ¿y usted?*

—*Bien, gracias. ¿Ya le ofrecieron algo de tomar?*

—*Su señora madre me ofreció una taza de té. Gracias.*

Doña Soledad y Amalia lo acompañaron en el recibidor y con una taza de café charlaron de cosas intrascendentes alrededor de una hora, ya para despedirse Jose María se dirigió a Amalia y le dijo:

—*Me tomé el atrevimiento de traerle un obsequio, el cual espero sea de su agrado.*

Amalia agradeció el gesto lo acompañó a la puerta y regresó al recibidor por el obsequio. Le dio curiosidad saber qué había dentro del envoltorio, puesto que la mayoría de los hombres regalaban rosas, así que lo abrió y fue muy grande su sorpresa, pues contenía una pintura al óleo, con un hermoso paisaje en época estival. Amalia quedó fascinada por el detalle y a la vez intrigada, pues no sabía cómo se había enterado José María de su amor por la pintura; sabía que Enciso jamás se lo habría contado, o tal vez él también era un apasionado de ésta; por lo pronto no demostró gran emoción ante sus padres, pero doña Soledad, que la conocía muy bien, se dio cuenta de que le agradó el obsequio.

Al pasar de los días Amalia notó que José María ocupaba su pensamiento cada vez más seguido, por lo que cuando no iba a su casa extrañaba su presencia.

Una noche, durante la cena, se encontraba José María como todos los viernes en casa del señor Enciso, y sin más preámbulo dijo:

— *Señor Enciso, quiero aprovechar el momento para solicitar su autorización para que pueda visitar a Amalia, ya que tengo buenas intenciones con ella.*

A lo que el Óscar contestó con una gran sonrisa en el rostro:

—No tengo inconveniente, conozco a tu familia y sé que eres un buen muchacho, así que cuenta con mi autorización.

Amalia, al ver esa situación, se molestó demasiado, se sentía como un objeto con el cual se estaba negociando, ya que nadie le preguntó su parecer. José María volteó a ver a Amalia y vio en su rostro cierto malestar, así que trató inmediatamente de reparar su falta, ya que por el tiempo que llevaba conociendo a Amalia sabía de sus ideas y antes de cualquier cosa le preguntó:

— *Ya tengo la anuencia de su padre para visitarla, pero falta la más importante: ¿está usted de acuerdo en que la visite?*

Inmediatamente el rostro de Amalia cambió, y le dijo:

— *Sí José María, agradezco el gesto que tiene al tomar en cuenta mi opinión, ya que soy un ser independiente y sé decidir qué quiero y qué no.*

Después de esas palabras se hizo un silencio total en la habitación, Óscar frunció el ceño en señal de molestia, por lo que José María hábilmente y desviando la tensión del momento levantó su copa y brindó por la familia Enciso.

Con el paso del tiempo, José María y Amalia se fueron conociendo más a fondo, él se dio cuenta de que era una mujer diferente; incluso podría describirla como anacrónica, lógicamente por su pensamiento heterodoxo, pero le agradaba esa forma de ser. Él había estudiado en España y Francia, así que su forma de ver la vida era también diferente a la de esos años en México. Amalia, por su parte, también descubrió en José María a un gran ser humano y un hombre con ideas frescas. Le encantaba su forma de ver la vida, los conceptos que tenía sobre el respeto, la libertad y en especial sobre la mujer.

Ya pasados seis meses de visitar formalmente a Amalia, el 19 de febrero de 1945, se presentaron en casa del señor Enciso la familia Torres-Flores, a pedir la mano de Amalia para José María. Ese día se vistieron de manteles blancos. En la cena se utilizó la vajilla reservada para ocasiones especiales, cubiertos de plata, y como menú, una entrada de tostas de salmón seguida de una ensalada verde, camarones rellenos de queso de cabra y para terminar unos buñuelos de chocolate con helado de vainilla.

Ese día Amalia se veía más hermosa de lo normal, aunque que usaba un vestido de color marfil muy elegante y su cabello enrollado de las puntas, el toque que la hacía lucir especial se lo daban sus ojos, ya que de nueva cuenta volvieron a brillar y delataban su felicidad.

Finalmente llegó el día tan esperado por todos, principalmente por Amalia y José María, los cuales en un abrir y cerrar de ojos se encontraban frente al altar de la bellísima Catedral de la Ciudad de México, con un acepto en los labios y prometiéndose fidelidad para el resto de sus días.

Una vez que regresaron de la clásica luna de miel a su nuevo hogar y que Amalia se estrenaba como la señora de la casa, se dio cuenta de que le hacía falta algo, ciertamente se encontraba feliz por que estaba con el hombre que ella había elegido y amaba, pero quería ser algo más que permanecer en su casa, así que una noche durante la cena, platicó con José María expresándole su deseo por continuar con sus carrera de pintora, la cual se había truncado por los caprichos de su padre, a lo que su esposo le contestó:

—*Amalia, me parece una excelente idea, siempre has sido una mujer diferente de las demás y eso es lo que me agrada de ti, así que cuenta con mi apoyo.*

Amalia se sintió muy feliz y por fin un ser independiente y no un apéndice de alguien.

Así que a la mañana siguiente se presentó a la Academia de San Carlos para inscribirse y continuar con sus estudios.

Durante las clases aprendió varias técnicas de pintura, telas al óleo, frescos sobre muros, pinturas sobre madera, acuarelas, témperas y aguadas, su corriente favorita era el impresionismo y neoimpresionismo; admiraba obviamente a Manet, el incipiente surrealismo de André Breton no le convencía del todo pero con el tiempo fue aceptándolo; en un año elaboró más de 70 cuadros, los cuales lucía en las diferentes habitaciones de su casa y éstos se convirtieron en obsequios de cumpleaños para sus amigos y familiares.

José María se sentía orgulloso de Amalia, ya que en las reuniones con amigos su esposa tenía un amplio tema de conversación, y esto en vez de ocasionarle molestia, le agradaba.

Una tarde de invierno, llegó Amalia muy feliz porque le daría una excelente noticia a José María, preparó el escenario y cuando él llegó le dijo:

—*Felícítame.*

—*¿Celebras algo en especial?*

—*Eligieron cinco de mis cuadros para exponerlos en San Carlos.*

José María en verdad se alegró, la abrazó y esa noche tomaron una botella de vino blanco espumoso para celebrar tal suceso.

La exposición fue un éxito, y siguieron llegando más. Amalia, se fue dando a conocer en el medio, incluso ya se vendían algunas de sus pinturas. Esto la llenaba plenamente, sentía que su vida tenía un sentido, una de sus principales exposiciones fue en la Galería de Arte Mexicano, con tres obras de surrealismo las cuales fueron vendidas y bien pagadas. Es importante subrayar que para llegar a colocarse en ese lugar tuvo que recorrer un arduo camino, ya que fue objeto de discriminaciones por parte de mucha gente, tanto del medio, como de amigos y familiares, empezando con su padre, pero a ella eso no le importó y continuaba luchando por su pasión, con la bandera de que mujeres y hombres tenían las mismas capacidades e igualdad de oportunidades para exponer sus obras, sólo existían buenos o malos pintores y no mujeres y hombres.

Para ese entonces, Amalia ya aportaba dinero a su casa, al principio José María se desconcertó con esta situación, pero después lo comprendió, pues sabía que era fruto de un gran esfuerzo de Amalia y reconocía que ambos eran seres independientes y pensantes, seguramente esta fue la clave del éxito de su matrimonio.

Dos meses después de la exposición en la Galería de Arte Mexicano, Amalia empezó a sentir algunos malestares, por lo que acudió al médico, se realizó algunos análisis y recibió la noticia de que en siete meses sería madre. En el transcurso de su vida había tenido momentos de felicidad pero éste no se comparaba con todos ellos juntos; cuando le dio la noticia a José María, éste no pudo contenerse y soltó el llanto, ambos se encontraban muy emocionados y, durante el embarazo, Amalia decoró el cuarto del bebe con murales pintados por ella.

Finalmente un 20 de marzo, nació una hermosa bebe a la que llamaron Bertha Elena, y que fue la alegría de la casa. Amalia por un tiempo dejó la pintura, le nacía más permanecer con su hija, porque sus primeros años de vida los consideraba importantes y los quería pasar con ella. Y si Amalia era diferente,

Bertha Elena más, pues fue creciendo con las ideas que sus padres le inculcaban, ya a los seis años era una niña muy despierta en comparación con sus contemporáneas, con una educación muy diferente de la que se daba en la mayoría de las familias mexicanas.

Una vez que Bertha Elena inició sus clases, Amalia retomó los pinceles y dedicó más tiempo a la pintura.

Sí existieron problemas en el matrimonio de Amalia y José María, pero siempre los superaron. Ella siempre se sintió afortunada de haberse casado con un hombre inteligente y seguro de sí, y si algo tenía que agradecerle a su padre era que lo hubiera llevado a casa una noche a cenar. Quizá con el tiempo fue Óscar quien al ver la forma de vida de la familia Torres-Flores-Enciso, se haya arrepentido de tal situación.

Durante toda su vida Amalia siempre luchó en contra de la discriminación de la mujer e inculcó a sus hijos (tuvo dos, una mujer y un hombre) el respeto entre éstos no sólo como hermanos, sino como seres humanos independientes, con diferentes capacidades y deseos en la vida, y les enseñó que tanto de hombres como de mujeres dependía el desarrollo de esta nación en todos los aspectos.

Tras un silencio, a lo lejos se escuchó un grito:

— ¡Mamá, mamáaaaaa!

Se cerró un libro y una mujer aproximadamente de treinta años, que respondía al nombre de Claudia, guardó el libro en la caja de donde lo había tomado, diciendo:

— *Ya voy Laura, ¿ya guardaste los boletos del teatro?*

— *Sí mamá, desde hace una hora.*

Claudia bajo rápidamente las escaleras, se subió a un auto de color plata y se fue con su hija. Para que ambas disfrutarán de una bella obra teatral infantil.

Al día siguiente Javier, esposo de Claudia, sale de una casa de ladrillo y rejas rojas con su hija Laura, a paso veloz porque tienen que llegar a tiempo a la escuela, y de ahí él tiene una audiencia en la junta de conciliación y arbitraje, como abogado patrono de Forte, S.A. de C.V.

Claudia salió a las 8:30 a.m. porque tenía una audiencia de avenencia en los juzgados familiares, es abogada de la señora Tavarez, meteoróloga de profesión, con maestrías en Inglaterra y Costa Rica, que descubrió a su esposo siendo infiel con una compañera de trabajo.

A las 2:00 p.m. se reunieron Javier, Claudia y todo el equipo de abogados en la sala de juntas de la Firma Godrich, despacho de renombre, para ver la estrategia a seguir en dos asuntos penales muy delicados. Claudia era la responsable de éstos, ya que su habilidad en esta materia era envidiable. Recientemente había ganado un juicio seguido en contra de un ex procurador, a quien le imputaban la autoría de un supuesto homicidio en contra de un visitador de derechos humanos. Esta sentencia la colocó como socia del despacho y, por supuesto, con una excelente remuneración.

Saliendo de la reunión se fueron a comer Javier y Claudia a un restaurante de comida argentina llamado El Cambalache, sobre Insurgentes. Ambos ordenaron un jugo de carne y por supuesto un succulento churrasco con salsa de chimichurri. Javier, durante el aperitivo, dijo:

— *Me parece excelente cómo abordaste el caso en la reunión, creo que tienes grandes posibilidades de ganar los dos juicios. Mañana están citados los testigos para que platiques con ellos antes de la audiencia.*

— *Sí, estoy segura de que así será. Me molestó que Campos subestime mi trabajo por*

el simple hecho de ser mujer. Yo no tengo la culpa de su ineptitud e incapacidad, y si continúa con esa construcción social del género femenino que desde que lo conozco expresa, será mejor que se despida del despacho, porque como socia puedo tomar también decisiones de ese tipo.

Javier escuchaba a Claudia con atención, degustando al mismo tiempo su jugo de carne. Tomó su servilleta se limpió los labios, dio un sorbo a su copa de vino tinto y expresó:

—Afortunadamente tú tienes ese poder de decisión, pero existen muchas mujeres que se enfrentan con grandes limitaciones, como la discriminación salarial, la segregación ocupacional y el hostigamiento sexual, que en su conjunto representan una forma de violencia catalogada como laboral, cuyo origen deviene de conceptos retrógrados de hombres como Campos, basados en ideas de atributos y estereotipos asignados a hombres y a mujeres. Mientras no cambiemos esa forma de pensar este patrón se repetirá y México no avanzará, y lo que debe de entender Campos y muchos más es que esto es cuestión de capacidad, no de género.

—GUAU, me has sorprendido con tu comentario, jajajajajaja. ¿Sabías que mi abuela Amalia vivió una situación similar, corrijo, seguramente peor, lógicamente por la época, y tristemente empezando con su padre?

Javier, masticando un jugoso trozo de carne, realizó un gesto de incredulidad y una vez que pudo tragar el bocado expresó:

—Pero tengo entendido que tú no conociste a tu abuela.

—En persona no, pero su esencia sí.

—Clau, no comprendo.

—No te he contado, pero el sábado pasado me encontraba en el garaje haciendo limpieza, encontré unas cajas que me dejó mi mamá, tenían además de kilos de polvo, cuentos, periódicos viejos, vestidos, fotografías y un libro que me llamó mucho la atención, ya que tenía una pasta dura cubierta de piel negra, así que lo limpié y lo abrí. Me sorprendí bastante al ver que era el diario de mi abuela Amalia, así que lo leí completito, habla acerca de su pasión por la pintura, lo difícil que fue para ella lograr su sueño en una época donde el único fin de la mujer era la crianza y educación de los hijos, la limpieza del hogar, la elaboración de alimentos y el rol reproductivo, actividades igual de valiosas que la mía. Ahora, afortunadamente tenemos el derecho a elegir cual de éstas deseas. En fin, me doy cuenta de que mi abuela siempre expresó sus ideas y vivió según su pensamiento en circunstancias adversas; ahora comprendo el por qué de mi carácter, y me siento muy orgullosa tanto de mi abuelo José María como de mi abuela Amalia. Si ella estuviera viva estaría feliz por los avances logrados gracias a mujeres como ella; hemos incursionado en la vida política del país, en organismos y movimientos sociales, como empresarias, artistas, en fin, obviamente hace falta permear una cultura política que promueva los beneficios que conlleva para el conjunto de la sociedad, la contribución equilibrada de hombres y mujeres en todos los campos.

Javier se impresionó con esa revelación, pues era sorprendente y conmovedor que después de tantos años la nieta conociera más a fondo la vida de su abuela a quien conocía sólo a través de sus pinturas y de las pláticas que sostenían sobre ésta, ella y su madre, en un diario que encontrara en una caja abandonada en el garaje.

Claudia comentó a Javier que seguramente existían otro u otros tomos del diario de Amalia, ya que en la última hoja quedaba una frase inconclusa acompañada de un continúa.

Se acercó el mesero y Claudia ordenó un capuchino, media carga, descafeinado y Javier un americano. De pronto los interrumpió el sonar del celular de

ella. Era Laura, que se encontraba con su abuela preguntando quien la llevaría a sus clases de inglés. Su madre le dijo que en 20 minutos pasaba por ella.

Claudia le dijo a Javier que debía terminar una demanda familiar y que tenía citada a la señora Herrera, así que acordaron que él llevaría a Laura a sus clases de inglés y Claudia pasaría a recogerla, solicitaron la cuenta y se retiraron.

A las 6:00 p.m. Claudia llegó en una camioneta deportiva por Laura, y durante el camino a casa fueron practicando inglés, según lo visto en clase.

Una vez en casa, Claudia se cambió de ropa, preparó unos sándwiches para cenar y esperó a Javier, ya que la familia ocupaba regularmente las noches para platicar lo sucedido en el día y para dedicarle mayor atención a Laura, puesto que las actividades de ambos eran absorbentes y procuraban programar su tiempo para estar con su hija.

El sábado siguiente, ya por la noche y después de haber pasado el día juntos, Laura se encontraba en la mesa de centro dibujando y observaba constantemente un cuadro que estaba en la sala y que contenía un bello paisaje. Intrigada, le preguntó a Claudia:

— *¿Mamá, te gusta este cuadro?*

— *Mucho, hija, ¿y a ti?*

— *También, no sé por qué, pero ese cuadro me hace sentir feliz.*

— *Yo sí sé por qué.*

— *¿Por qué, mamá?*

— *Porque lo pintó tu bisabuela Amalia.*

— *¿La mamá de mi abue?*

— *Sí.*

Laura se quedó pensativa y preguntó:

— *¿Crees que algún día llegaré a ser una gran pintora como mi bisabuela?*

A lo que su madre contestó:

— *Serás lo que tú desees ser.*